



# LOS SUCECOS

Suscripción en toda  
España, 5 pesetas al año.  
Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse al  
Apartado de Correos 347.



SIGUIENDO EL RASTRO

## La camarera del Hotel Ritz.

Después que los periódicos refirieron con minuciosidad de detalles la triste situación de la aristocrática señorita Teresa Acosta y Osorio, obligada por quebrantos de fortuna a servir de camarera en el Hotel Ritz, ¿qué ha sido de la desgraciada joven?...

—¿Cambió de fortuna? ¿Se compadeció alguien de sus desventuras? ¿Abandonó, avergonzada por tanta publicidad, su modestísimo puesto en el hotel para ejercer el mismo oficio u a otro más digno lejos de las indiscretas miradas del mundo?

—Nada de eso! La infeliz Teresa sigue actuando de camarera en el Hotel Ritz, en parecidas condiciones a las que estaba cuando Madrid entero, incluso el mismo personal del aristocrático hotel, ignoraba su origen y antecedentes nobiliarios.

Sigue siendo para la dependencia la "tonta guli", como le llaman sus compañeros y compañeras, y continúa dedicada a las faenas ordinarias de simple camarera, aunque algo suavizadas por el director del establecimiento, en vista de las especialísimas circunstancias que concurren en la interesada, y que fueron descubiertas por la Prensa.

Teresa ha dejado de prestar ciertos servicios que resultaban excesivamente rudos y bajos para una joven nacida en altas esferas. Teresa ya no fríega los suelos como antes de saberse su abolengo.

Pero, salvo estas ligeras ventajas y alguna mayor consideración que se le guarda, continúa ganándose honrada y noblemente el sustento en el Hotel Ritz como simple camarera.

—¿Qué impresión le produjeron a usted las informaciones hechas por los periódicos? — le hemos preguntado.

—Como reflejaban la verdad de mi situación, las encontré muy justas y consoladoras. No porque digan que hoy es camarera la que nació en tan buenos pañales hay desdoro para mí. Yo defendiendo mi vida y ayudando a mi madre con mis escasas fuerzas. Luchando como luchan todas. Con el trabajo.

—Pero su espíritu debe sufrir mucho más que antes de saberse quién era usted.

—Sí, señor. Mientras pasé inadvertida, como una de tantas, no me importó gran cosa esta vida tan menguada y miserable; pero ahora ya voy sintiendo ansias deirme de Madrid. ¿Dónde?... No lo sé. ¿Para qué?... Tampoco.

—¿Pero sus parientes?...

—No han respirado. Ni uno siquiera ha acudido avergonzado, ya que no por impulsos de parentesco o de

piedad, a mejorar mi suerte. Como si no se hubiera dicho nada. Y es que donde no hay vergüenza...

—Pues yo tenía entendido que la habían socorrido a usted y que...

—¡Nada!... No he recibido más que un donativo bastante modesto, pero que no agradezco mucho, de un señor que ni es pariente ni título nobiliario. De quien menos podía esperar.

—¿Puede saberse quién es?

—Sí, señor; el cónsul del Brasil. Pero de la aristocracia, nada. Si se hubiera tratado de una fiesta o de una ballarina que enseña las piermas, no hubieran estado tan callados...

—Conoce usted a la gente.

—¡Demasiado! Las amarguras enseñan mucho. Y después del calvario que nosotras estamos pasando, cada día vemos más claro que todo en este mundo es una ficción y una farsa: ¡hasta eso del parentesco!...

—Luego el marqués de Corbera...

—¡Bueno, gracias!

—No quiero molestarla más. Estoy robándole el tiempo que le conceden a usted para comer, y me retiro, agradeciéndola la bondad de haberme dado estas noticias para completar la información hecha días atrás por los periódicos.

—Ya sabe usted que todo es verdad y que sigo en mi Hotel Ritz de camarera, a pesar de mis apellidos y de mis títulos.

Y haciendo una reverencia reveladora de una educación esmerada y distinguida, acompañada de una sonrisa dulce y encantadora, la linda camarera Teresa desapareció por la puerta del comedor donde se hallaba comiendo la servidumbre del Hotel Ritz, dejando en mi ánimo la sensación de una figura delicada, fina, aristocrática que se agita en adomados salones.

FEDERICO HERRERA



El batallador diputado D. Rodrigo Soriano. (Caricatura del notable artista Sr. Bagaria, publicada en "La Tribuna").

Ayuntamiento de Madrid



# La vida en broma.

TODO EL AÑO ES CUARESMA.

La Cuaresma, como todo lo de este mundo, va poco á poco perdiendo su carácter primitivo. De la Cuaresma que yo conocí cuando era niño, á la Cuaresma actual, va tanta distancia como hay desde la calle de Cedaceros á la Puerta de Atocha, yendo en el cangrejo.

O como del Lerroux de hoy al de hace doce años.

Yo no diré que la Cuaresma caiga en desuso porque cada época tenga sus



creencias. Sería compararla con los sombreros de ala estrecha, que han pasado de moda.

Tampoco lo atribuiré á falta de fe religiosa, porque no me gusta meterme en la conciencia de nadie, muchas veces por no mancharme.

En mi humilde opinión, la Cuaresma ha desmerecido tanto, porque le pasa lo mismo que al Carnaval. Esto es, que todo el año es Cuaresma. Todo el año, menos el día de Navidad, que es cuando se come algo de carne, y el día de la boda de uno, que es otro día como el de Navidad, con Nochebuena y todo.

Los demás días, aun los de banquetes en la Bombilla, puede decirse que no come uno, y que si ve algo de carne es en los salones de "varietés". Y aun en estos no ve por lo regular más que piltrafillas.

Sin embargo, creo perfectamente lógico, que la Cuaresma tienda á desaparecer y que al fin desaparezca. ¿Qué objeto tiene hoy el ayuno?... Ninguno, porque si antes servía para quitarle fuerza al organismo cuando llegaba la primavera, ahora, como el ayuno es constante y la sangre no tiene fuerza, no tenemos nada que quitarle. Al revés, le debemos ya unas cuantas raciones de solomillo y de ternera en salsa, que nos las está reclamando á toda hora, sobre todo á las de comer.

¡Vaya usted encima á ayunar y le pasará lo que á los quintos de Zaragoza, que ninguno llegaba á los cuarenta y ocho kilos!... Por cierto, que esto no debía ser pretexto para librarse del servicio de las armas. Porque si un mozo por ser enjuto y escurrido de carnes no puede aprovechar como soldado, puede en cambio servir de espadín.

Pero de todos modos, debemos votar por la abolición de la Cuaresma, como hemos votado por la supresión de la pena de muerte. Al fin y al cabo, el ayuno es otra pena de muerte, y lo que sobran en este mundo, son penas y contribuciones.

La Cuaresma no tiene, pues, razón de ser, ni fisiológica ni teológicamente. Porque ayunar es ir contra las máximas de la Iglesia. Es querer destruir á sabiendas una cosa creada por Dios; es aniquilar el organismo humano y atentar contra la vida propia, que no nos pertenece en opinión de los teólogos y moralistas, puesto que unas veces pertenece al Creador, otras á nuestros hijos y á veces á la criada.

¿Viene acaso la Cuaresma á llenar un vacío... Al contrario, precisamen-

te. Viene á dejar un hueco en el abdomen y un desconsuelo en todo el cuerpo.

Y no se nos diga que ayunando en esta época se pasa sin quebrantos en la salud del invierno á la primavera. ¡Qué ha de pasar!... Comiendo bien es como no se nota el paso. Y si el invierno pareció bueno, la primavera se nos antoja de buten.

En esto estarán conformes conmigo todas las escuelas. Y también todos los maestros de escuela.

Yo el único bacalao que puedo tolerar es el de Escocia y á pesar de todo, aun en esa parte, suelo cantar aquello de "Mujer y Reina":

"Escocia, tranquila ya puede dormir."

Además, el ayuno, como depende del bolsillo, resulta de una desigualdad irritante. Así, no es igual el ayuno de Pidal ó de los yernos de Mon-



tero Ríos, al de un servidor. Verdad es que ya la misma palabra lo dice:

—¡Ay... unos!

Y efectivamente. "Ay-unos" que no comen. Y hay "otros" que arramblan con todo.

F. ROIG BATALLER

## Nuestros apellidos.

No siempre es fácil trazar el origen exacto del apellido, ni saber de dónde viene, porque en infinidad de casos se halla adulterado y transformado con el tiempo.

En un principio, nuestros lejanos abuelos, no tenían apellidos, bastaba con el nombre; pero poco á poco, y para evitar confusiones, se fué añadiendo al nombre alguna otra palabra ó palabras, con la que se indicaba la procedencia, la familia, la profesión, las cualidades, defectos, etc.

El primer nombre de que tenemos idea es el de Adán, que no tenía apellido, sino era el de Pérez, como dice el cuento.



En las Sagradas Escrituras, ya encontramos apellidos: Simón Cirineo, ó Simón el de Cirene; María Magdalena ó de Magdala; Simón Barjona, ó Simón hijo de Jonás, que así llamaban á San Pedro.

A medida que se fué haciendo necesario, se fueron aumentando los apellidos, y á hacerse más generales, pero se puede decir que hasta los siglos XII y XIII, los apellidos no se hicieron hereditarios.

Los apellidos de lugares, caseríos, aldeas, ciudades ó regiones, son bastante comunes en España, é indican bien el lugar de nacimiento, bien un señorío.

Antiguamente, los hijos llevaban después del suyo, el nombre del padre, y el hijo de Benito, Gonzalo y Lope, se llamaron Benítez, González y López, tomando la terminación del genitivo latino transformado.

Otros muchos, llevaron por apellido el nombre del padre, sin alteración alguna, y de ahí los apellidos Alfonso, Sancho, Rodrigo, etc.

El color del pelo, de la tez, la forma del cuerpo, las cualidades morales, dieron origen á los apellidos Rubio, Moreno, Pardo, Blanco, Negro, Cuadrado, Redondo, Largo, Feo, Hermoso, Lerdo, Bueno, Malo, etc.

Los lugares, donde habitaban, ó sus

lugares predilectos, dieron los apellidos de Palacios, Cuevas, Casas, Alcazar, Viña, Prado, y otros mil, y gran contingente de apellidos dieron las profesiones.

De éstas nacen Espartero, Zapatero, Carrero, Regidor, y sus correspondientes en los dialectos de Galicia, Vascongadas, Cataluña, etc.

También los árabes nos han dejado buen número de apellidos, entre otros Muley, Benegas, Albarrán, etc., todos ellos como los vascongados, con alguna significación, que como decimos, indica de quién es hijo, de dónde era, lo que era, lo que hacía y cómo era el que dió origen al apellido.

De ahí que se apelliden Hermoso algunos individuos más feos que Píclo, y que haya Grandes que no se les ve, y Redondos que parecen pértigas.

## A los fotógrafos.

Como siempre, seguimos pagando todas las fotografías y retratos de actualidad que nos envíen y publiquemos.

Ahora, como siempre, este periódico no tiene preferencias por ningún asunto determinado. Basta que la fotografía sea interesante.





## El gas de Madrid.

El Ayuntamiento de Madrid ha acordado sacar á concurso el alumbrado de la villa. Todos los concejales han discutido este asunto acaloradamente, y casi todos han mostrado empeño en aparecer como enemigos de la empresa del gas, cuyos intereses son incompatibles con los intereses del vecindario; pero como no hay más que una empresa de gas, sólo ella podrá presentarse al concurso.

Este asunto, es uno de los más importantes para el vecindario madrileño, y nos sorprende que los periódicos diarios no le hayan dado los honores de una gran campaña.

Tanto afán por buscar asuntos interesantes, y cuando surge uno que lo es en alto grado, los periódicos no lo aprovechan. Hay que hacer algunas excepciones, y entre ellas merecen señalarse los notables artículos publicados en "El Mundo", "El Correo Español" y "España Nueva".

Pero aún estos periódicos, apesar de conocer bien el asunto y mostrar un grandísimo interés por armar ruido, no se han fijado en lo más importante, el sacar á la vergüenza pública á los autores del inicuo despojo hecho en 1898 al pueblo de Madrid.

Resulta, que según la concesión hecha á la empresa del gas, cuando terminara el contrato, el pueblo de Madrid quedaría dueño de la fábrica, de las cañerías y de todo, con lo cual el vecindario, tendría el gas más barato y el Ayuntamiento una gran fuente de ingresos. Pero los señores que estaban encargados de administrar los intereses de la villa en 1898, prorogaron y modificaron la concesión, de modo que al terminar ésta, la empresa se quedara con todo, y el Ayuntamiento con nada.

Esto fué inicuo, esto no debió consentirse y esto es lo que ha traído el conflicto presente, que difícilmente tendrá arreglo, á no ser que los due-

luchan en la mujer constantemente, avidos del poder de sus hechizos, el demonio del lujo que la ciega, y el amor que la brinda su cariño.

—Déjate de oro, niña ni de pompas, que tu felicidad—dice Cupido—, sólo está en el amor, ciego y ardiente, que te inspire un galán fiel y sumiso.

—¿Qué simpleza tan grande! ¡qué tontuna! le aconseja el demonio con cinismo! sin oro sin brillantes, niña hermosa, la ventura y la dicha son un mito.

La muchacha acosada de este modo, y midiendo en su pecho los peligros, siente dudas y amargas inquietudes, sin saber qué es mejor, lujo ó cariño.

—Déjame disfrutar, niño travieso—, decir suele al final con egoísmo, la pobreza me asusta y desconcierta. ¡El amor sin riquezas, es muy frío.

El demonio al oírlo ríe y goza, y su triunfo total vé á plazo fijo, y derrama á su paso ricas joyas, y de perlas alfombra su camino.

Es la lucha constante de los tiempos, y el demonio del lujo con sus vicios, vence siempre al amor, que es inocente, por lo mismo que aquél es viejo y píllo.

nos periodistas y los buenos concejales, den el escándalo.

Cuando se hizo el enorme chanchullo, debieran levantarse hasta las piedras, y ni siquiera se oyó un grito de protesta. ¿Porqué? ¿Quién era el alcalde? ¿Quiénes eran los concejales? ¿Qué periodistas hacían entonces la información municipal que noo dijeron una palabra de tamaño chanchullo?

Esos concejales socialistas que en este asunto como en otros muchos, han defendido la moralidad y la justicia; ese señor García Cortés y ese señor Trompeta que tienen á su disposición dos periódicos tan importantes como "El Liberal" y "España Nueva", y que como concejales que son, tienen medios de adquirir toda clase de datos, ¿porqué no hacen esa información retrospectiva? Porque... dicen que fueron los que despojaron al pueblo de Madrid de tantos millones.

## Gallito y Bombita.

La corrida de Alicante, ha sido un verdadero acontecimiento taurino. De ella publicamos en el lugar correspondiente, algunas fotografías de nuestro redactor artístico, el cual fué para este objeto á Alicante.

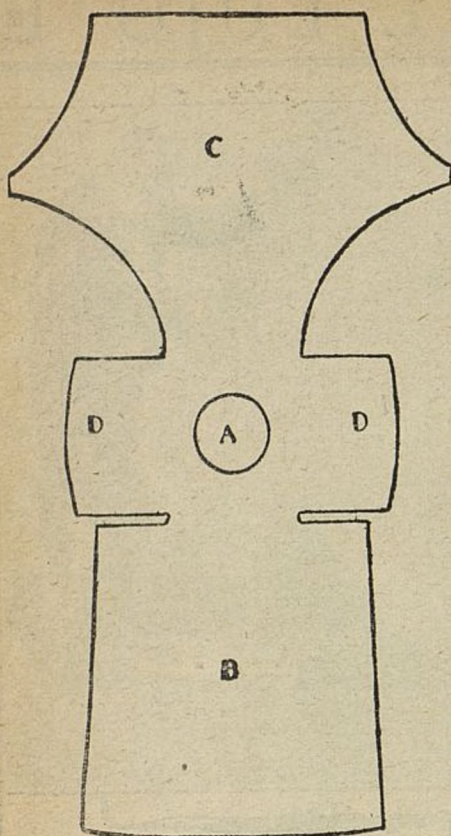
Sentimos que no haya podido ir también don Pío, porque nos hubiera hecho de la corrida, la crítica concienzuda que desean los aficionados. Pero don Pío está en Barcelona metido en averiguar lo que hacía con los chicos la famosa secuestradora, más difícil de abordar que el propio empresario de Madrid.

El resultado de la corrida de Alicante ha dejado satisfechos á los aficionados más exigentes, no sólo por lo bien que trabajaron Bombita y Gallito, sino por algo que es más importante; por ver al Gallo en condiciones de desarrollar en la próxima campaña todas sus excepcionales aptitudes. Y al hablar de condiciones, y para no dar lugar á dudas en lo que queremos decir, entiéndase que nos referimos al valor.

Claro está que tratándose de un temperamento tan misterioso como el del Gallo, no se puede tener una seguridad completa, puesto que no en distintos días, sino en una misma tarde, el que huye con un toro, está asombroso de valiente con otro. Pero en fin, conste que las apariencias son buenas, y que el Gallo parece modificado y con ganas de pelea.

Por lo que se refiere á la corrida de Alicante, su triunfo ha sido superior á toda ponderación, á tal punto, que el aviador Garnier á quien Bombita había brindado un toro, se fué á buscar al Gallo, al acabarse la corrida y se lo llevó en el automóvil, cuando lo natural era que esta amabilidad la tuviera con el que galantemente le había obsequiado á él con el brindis. Pero en aquellos momentos reinaba el Gallo y para el Gallo eran todos los honores.





## Un traje que puede hacerse en media hora.

Las mujeres, como los hombres, tienen cada día más ocupaciones y menos tiempo que perder. En las grandes capitales, las mujeres pobres ó de clase media, no pueden pasarse días y días haciéndose sus vestidos; necesitan el tiempo para trabajar y para mil necesidades que antes no tenía la mujer. De ahí que todo lo que contribuye á hacer rápidamente los vestidos, tenga inmediata aceptación. Como ha ocurrido con el ingenioso invento que vamos á explicar á nuestros lectores.

¿Se puede hacer un traje en media hora? La Prensa de las grandes naciones, nos dice que sí, y asegura que tanto en Inglaterra, como en Alemania, las mujeres están entusiasmadas con la nueva prenda, que, además de ser muy cómoda é higiénica, se hace en treinta minutos!

El dibujo adjunto representa el patrón del traje, y no necesita en verdad, muchas explicaciones.

Cortada la tela en la misma forma que el patrón, ya está hecho el traje, el cual se coloca pasando la cabeza por el círculo A. La parte delantera está representada por B, y la trasera por C. Las partes correspondientes á las mangas, están marcadas por la letra D. Las puntas ó partes laterales de C se unen delante, quedando así el traje amoldado al cuerpo. Tanto en el cuello como en las mangas, pueden po-



nerse encajes á gusto de la interesada. Realmente, queda un traje bonito y cómodo, como puede verse en este dibujo.

## Los pies se deforman.

La ciencia médica se ocupa de decirnos y repetirnos lo que la raza humana llegará á ser con el tiempo, á fuerza de evoluciones, si no corregimos nuestras costumbres, nuestras modas y nuestra manera de vivir. El hombre futuro ha sido descrito como



gigante, como enano, como ogro; es decir, con un solo ojo enorme en medio de la frente; con un corazón colosal; casi sin piernas, inmenso cerebro y cabeza descómunal, cuerpo pequeño y sin dedos en los pies.

Hay otros varios modelos del hombre futuro y la mayor parte de ellos no hay que tomarlos en serio, pero sí hay algo que vale la pena de pensar en ello. La irregularidad de los dientes y la pequeñez de la mandíbula del hombre moderno obedece indudablemente á que el hombre no come ni tritura alimentos duros como en otro tiempo. Y no es esto todo. El doctor Newton dice: "A causa de la absurda moda del calzado estrecho y puntagudo, la raza humana se va volviendo unidáctila"; es decir, con un solo dedo en cada pie, y es que no usamos sino el dedo gordo y sacrificamos los restantes, que con el tiempo han de desaparecer. Los dedos del pie encerrados en la estrecha armazón del zapato, no pueden desarrollarse y dejan de ser lo que debieran.

En el pie clásico, el segundo dedo es más largo que el gordo, y el tercero, cuarto y quinto están bien definidos. tienen buena forma y al an-

dar se apoyan todos en el suelo con firmeza. Los dedos de los pies, deberían estar separados uno de otro, como sucede con las garras y zarpas de los animales. Los zapatos, deberían tener, pues, una forma que permitiera esa expansión de los dedos, y lo mejor sería no usar tales potros de martirio.

Para andar como es debido, el pie, deberían tener otra forma y el tobillo estar más desarrollado.

La forma del pie es un arco y los dos pilares deben ser iguales, y el calzado no debiera jamás tener tacones de más de dos centímetros de alto y de una anchura igual á la mayor de la bota.

La medida interna del calzado debe ser centímetro y medio más larga que el pie, y un centímetro más ancha.

Llevando esa clase de calzado, las caídas son mucho más raras, el pie sienta mejor en el suelo y se evitan accidentes; esto, aparte de las ventajas que ofrece de no deformar el pie, atrofiando los dedos y llevándonos al ejemplar del pie con un solo dedo: al unidáctilo.

Mientras no hagamos que nuestros hijos obedezcan á la Naturaleza y dejen que sus pies se desarrollen como lo exigen sus leyes, no conseguiremos una humanidad perfecta físicamente.

Estas observaciones pueden hacerse extensivas á diferentes partes del cuerpo, atrofiadas por la costumbre, la moda ó la indiferencia.

## Cómo triunfan los hombres.

Mi querido amigo Andrés, el novio de Leonor, pecando de descortés, entre las mujeres es un hombre que hace furor.

El, que es terco y exigente, y miente con mucho aplomo,

vence irremisiblemente. ¿Qué cómo?... Inmediatamente le voy á usted á decir cómo.

Sólo el caso citaré de su amor con Leonor, que es el último que sé, y por él ya verá usted cuál es su escuela de amor.

Al verla, sin más ni más, dando gusto á la sin hueso, que no reprime jamás, de una habanera al compás, la pidió atrevido un beso.

Y ella con ese rubor que á sus años no hay quien venza, presa de ira y de temor, gritó con mucho furor:

—“¡Sinvergüenza!...”

Pero el chico que es tenaz, igual que un aragonés, en vez de dejarla en paz insistió en su idea audaz, á los dos días ó tres.

Tampoco la niña pudo resistir tranquilamente aquel afán imprudente, y le dijo en tono rudo:

—“¡Insolente!”

Se encontraron otro día, si insistió en lo pedido y ella, como no quería, afloje con energía:

—“¡Qué atrevido!”

Vuelta á encontrarse una tarde y á pedir el beso ansiado, pero ella, al verle obcecado, va le dijo más cobarde:

—“¡Qué pesado!”

Ese constante tesón del muchacho, la verdad, nusiéronla en situación de ver con más reflexión aquella tenacidad.

Y tras de tanto insistir, tan terco la niña volvió, que harta ya de resistir, no sabiendo qué decir, le dijo:—“¡Pero uno solo!”

¿Cómo pudo Leonor ceder á ese empeño audaz? Según dijo al confesor, cedió simplemente por... ver si al fin la deja en paz!

PIO GRACO





## En busca de marido.

De Escocia nuestra viuda, un tanto ya cansada.  
Se dirigió á Noruega, región fría y nevada.  
Buscando algún buen mozo, tranquilo y bonachón.  
Como abundan bastante allá en el Septentrión.

No hacía muchos días que estaba en Cristianía  
Cuando conoció á Olaf, sabio en astronomía.  
Normando colosal, raza de Viking pura,  
Coloradote y rubio, de dos metros de altura.

Era Olaf Graveloche, bueno, puro y sencillo.  
Del mundo y de sus pompas no conocía el brillo  
Pues su vida social, el mundo verdadero  
Sólo lo había visto por pequeño agujero.

Dedicado al estudio de cosas celestiales  
Apenas se ocupaba de los pobres mortales.  
Pero al ver á la viuda sintió tal emoción  
Que quedó mal herido de amor, su corazón.

Mas él era tan tímido que no se lo decía;  
Suspiraba, miraba; á más no se atrevía.  
Hasta que un día, al fin, el sabio Graveloche  
Llevó á ver á la viuda el sol de media noche.

Fueron al Cabo Norte á ver la maravilla  
De un sol que no se pone; que hasta de noche brilla.  
Ahora, pensó la viuda, es buena la ocasión  
Para que me declare, á solas, su pasión.

Mas él estaba absorto, mirando con fijeza  
Aquel raro fenómeno de la Naturaleza.  
Enfilaba el anteojo; sus notas calculaba  
Pero de la viudita, ni pizca se ocupaba.

Aburrida la pobre tosió sin compasión,  
Creiendo con aquélla llamarle la atención.  
—¡Por Dios, no me interrumpa! Callaos un instante.  
Esto del sol es cosa muy seria é importante.

Miróle con desprecio, la viuda.—Señor soso—  
Le dijo—. Jamás vi un hombre tan patoso.  
Entréguese á sus cálculos y á sus observaciones  
Que en el mundo he de hallar más tiernos corazones.

Quiero que mi marido vea en mí la más bella,  
La más resplandeciente, la más hermosa estrella.  
Y quiero ser el astro de su idolatría.  
Su sol de media noche, su sol de medio día.

FERS.





# EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCEOS"



—Naturalmente, y si así no fuera, no hubiera venido á buscarte. ¿Quieres ó no quieres saber algo de Hamilton Fynes?

—Pues claro que quiero.

—Pues entonces, sé un buen chico y no me interrumpas, escucha. Yo conocía Londres como la palma de mi mano, y él no; por esto es por lo que te he dicho hace un rato que nos veíamos con frecuencia. Era muy reservado y no hablaba de sus negocios ni de los motivos que le habían traído á Europa. Sin embargo, un día, antes de partir, me indicó algo.

—¿Qué era ello?—preguntó con marcada curiosidad el joven.

Ella tardó un poco en contestar, dudando. Por fin dijo:

—No es mucho lo que me hizo saber; fué parco en sus palabras, y además no sé cuánto es lo que debo decirte y cuánto ocultarte, amigo Dick. Pero al fin y al cabo somos compatriotas, amigos y tú un diplomático que empieza su carrera, y creo que si te puedo ayudar algo para que asciendas en ella, debo decirte lo.

El automóvil seguía rodando por las interminables calles de Londres, el joven Dick Vanderpole estaba intrigado.

—Desde luego, querida Penélope, no pretendo que me digas nada que te pueda comprometer. Pero si deseo que me digas una cosa.

—Habla.

—Deseo que me digas lo que todo eso tiene que ver con que yo sea diplomático.

—Si te explico eso, precisamente te lo diría todo—, contestó la bella con un gracioso mohín—, y aún no me he decidido á hacerlo.

—Está bien. Pues entonces dime si lo que te dejó á entender te ha servido para descubrir el misterio de su asesinato.

—Es probable que así sea.

—Entonces supongo—continuó el diplomático—, que aparte otros motivos, deberías decirselo á alguien. La policía hasta ahora no tiene el menor rastro.

—Y probablemente no lo encontrarán si yo no les ayudo.

—Francamente, chiquilla, ¿hablas en serio, ó es una broma tuya?

—Hablo en serio; lo que te digo es la verdad. Creo sinceramente que soy una de las pocas personas que puedan indicar á la policía una pista segura.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Porque no me decidí á ello. De todas maneras yo te he ido á buscar para decirte algo y es lo siguiente: que cuando vino á Europa y visitó San Petersburgo y Berlín, venía con una comisión secreta de Estado.

Por un momento el joven la miró con incredulidad. ¿Estás segura de lo que dices? Me parece que nuestro Gobierno no usa esos procedimientos.

—Pues no me cabe la menor duda—aseguró con firmeza—. Tú eres un diplomático principiante, pero no ignorarás que los Gobiernos emplean á veces emisarios secretos con despachos, que por uno ú otro motivo, no quieren que pasen por las Embajadas.

—Yo lo sé; todos los Gobiernos europeos lo hacen; pero jamás he oído que el nuestro lo hiciera.

—Quizás tengas razón—replicó Miss Morse—; pero las cosas han cambiado mucho desde hace veinticinco años. Antes, los Estados Unidos no tenían sino una política, la doctrina de Monroe: "América para los americanos". Los asuntos europeos y asiáticos no nos preocupaban; pero ese tiempo pasó. Cuba y las Filipinas lo han cambiado todo. Estamos al borde de un abismo, dentro de diez años el embrollo será grande, y saldremos ó no de él.

El diplomático la escuchaba con interés.

—Mi querida amiga, hay mucho, pero mucho de verdad en lo que dices y hablas, como si tú fueras la diplomática.

—Y quién te dice que no lo soy. Una mujer recta y con un poquito de talento como yo, puede ocupar en algo su inteligencia.

Dick se echó á reír.

—No está mal pensado. Me parece muy bien que la elegante americana, tan querida de la sociedad inglesa, tan inteligente y bien relacionada, se ocupe un poquito de diplomacia.

—¿Qué tonto eres!—replicó ella—. Esas son cosas que dicen nuestros periódicos, porque tienen que decirlos. Yo me tengo que hacer la interesante para ser admitida en la mejor sociedad. Si fuera rica, como otras de mis compatriotas, el dinero me abriría la puerta de todos los salones, pero siendo pobre, tengo que valerme de mi gracia, de los bombos periódicos, etcétera, etc., si no, chico, me quedaré para vestir imágenes.

—Pues, ¿por qué no te casas conmigo?—replicó el galán—, yo con el tiempo he de tener dinero.

—Cuando hayas medrado en tu carrera, lo pensaré—contestó—por ahora hablemos del asunto Fynes.

Suspiró el diplomático, y luego dijo: —Has de saber que ese Harvey es un hombre que todo se lo calla, y como sepa algo de importancia, se lo guarda, así es que no he sabido, por lo menos él no me ha dicho nunca que nuestro Gobierno se haya valido de otras vías que las diplomáticas. Sin embargo, ha podido ser, y creo que en esta ocasión tienes razón; es posible que Hamilton Fynes tuviera algo que ver en eso; lo demás no me explico su inmensa influencia.

—Y que eso mismo haya sido la causa de su muerte—añadió Miss Morse.

—¿Lo crees así?

—Nada en concreto. No sería capaz de jurarlo. Sólo si te diré que cuando un hombre es el agente secreto de un Gobierno, y lleva consigo comunicaciones de gran importancia, una desgracia como la que le ha ocurrido, no es cosa que...

El joven hizo con la cabeza repetidos signos de afirmación, y luego exclamó:

—Sí, sí, sí, tienes razón; muchísima razón. Las cosas han cambiado; el problema del Pacífico, el Japón, son cosas que interesan mucho á nuestro país.

—Ahora te voy á decir—dijo Miss Morse, apretando con su mano el brazo del joven—, te voy á decir por qué he venido á buscarte al Club, y te llevo á dar este paseo. La última vez que almorcé con Mr. Fynes, fué á su regreso de Berlín, y entonces me encargó una misión importantísima. Me dió una carta para que se la entregara á Mr. Blaine Harvey.

Su compañero la miró con asombro y exclamó:

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que te diera ese encargo estando él en Londres?

—La misma pregunta le hice yo, y me dijo que casa de su propio peso, que estando en misión secreta no debía ni siquiera acercarse á la puerta de nuestra Embajada, ni tener comunicación directa con los diplomáticos de los Estados Unidos. Todo había que hacerlo con la mediación de una tercera persona, y por duplicado. Así, pues, hay otra persona que recibió copia de la misma carta que yo entrequé, pero no tengo la menor idea de quién fué la persona esa.

—Ta, ta, ta... Eso es. El Fynes ese hizo de tí un mensajero secreto—interrumpió Dick.

—Exactamente, la cosa es sencillísima. Yo era íntima amiga de la difunta esposa de Harvey, y entraba y salía en la Legación como en mi casa. Ahora comprenderás el por qué el marcónigrama de Fynes invitándome á almorzar en el Carleton.

El diplomático se quedó pensativo durante algunos segundos, y luego murmuró:

—Quisiera saber dónde ha ido á parar la carta que te iba á dar.

—De una cosa no hay duda. La carta esa—dijo Miss Morse—está en manos de aquellos á quienes podía traer algún perjuicio.

—Esa es una perogrullada que no admite duda. Y ahora dime: De todo lo que me has contado, ¿cuánto es lo que debo decir al embajador?

—Díselo todo. Quiero ayudarte en tu carrera, y esas cosas hacen subir. En cambio á mí me mortifica otra cosa.

—¿Qué es ello?—preguntó Dick.

—Saber lo que debo decir y lo que debo ocultar á un caballero de Scotland Yard, que se llama el inspector Jacks.

## VII

### UN PASAJERO DEL LUSITANIA

El tren de Liverpool llegó á Londres á las tres de la tarde, lleno de pasajeros del Lusitania. En el andén había ocho ó diez periodistas, lápiz en ristre, y se lanzaron sobre los viajeros, mareándoles á preguntas.

Uno de ellos, redactor del "Evening Red Star", más afortunado que los demás ó mejor instruido por teléfono desde Liverpool, se acercó al único pasajero que se había visto hablar á bordo con el Sr. Fynes.

—Usted es Mr. Coulson, si no me equivoco—dijo el repórter á un señor grueso y canoso.

El caballero miró á su interlocutor con cierta sorpresa y replicó:

—Ese es mi nombre, en efecto, pero no tengo el gusto de conocerle, á no ser que venga usted de parte de la firma Spencer y Compañía.

—¿Spencer y Compañía?—repitió el periodista.

—Sí, la casa más fuerte de Londres que comercia en lanas. Sé que querían verme en cuanto llegase y no es extraño que hayan mandado á alguien en mi busca.

El joven hizo un signo con la cabeza y le dijo:

—No, señor, no tengo nada que ver con esa firma. Soy repórter de un periódico. Un amigo mío de Liverpool, que también debe serlo de usted, me ha telefonado dándome sus señas particulares y le he conocido como el amigo del Sr. Hamilton Fynes.

Mr. Coulson dejó en el suelo su maleta para encender un cigarro, y contestó:

—Amigo precisamente, no; nos saludábamos simplemente y no veo que eso sea suficiente razón para una entrevista. Creo que sería más positivo que buscase á algún miembro de su familia.

—Pero mi querido, señor, no tenemos la menor idea de dónde están sus parientes y lo que se susurra por ahí creo que no tiene fundamento.

—Así lo creo—dijo Mr. Coulson.

—Ya ve usted—continuó el repórter—. Tenemos delante un caso excepcional; un asesinato misterioso, inexplicable, cometido por un sér que parece se lo ha tragado la tierra. De la víctima no se sabe nada, nada sino su nombre. Se ignora si venía á Inglaterra por placer ó por negocios. Lo mismo podía ser un millonario que un periodista, aunque juzgando por lo del tren especial y por el dinero que llevaba encima, dudo que fuera colega mío.



El yanki se dirigió hacia la salida echando enormes bocanadas de humo. Como el periodista no se separase un centímetro de su lado, Mr. Coulson le dijo:

—No crea que lo que le pueda decir del pobre Fynes le interesa mucho, pero si quiere usted oír lo poco que de él sé, suba conmigo al coche y acompañeme al hotel Saboya.

—Muchas gracias, señor, es usted muy amable. ¿Tiene usted equipaje?

—Lo he mandado directamente al hotel desde Liverpool, es mucho más cómodo y más rápido. Nos meteremos ahora en esas especies de baúles que ustedes los ingleses llaman "hansom cabs" y que nos lleven al hotel a escape. Allí siempre suele haber algún compatriota conocido.

Montaron en el coche y salieron al trote largo. Mr. Coulson miraba con interés a todos lados y dijo a su compañero, cambiando de un lado a otro de la boca, con un lenguaje raro, el enorme cigarro puro:

—Este viejo Londres siempre está lo mismo. No adelanta nada.

—Por este lado de la ciudad, en efecto, pero en el Strand encontrará usted nuevos y magníficos edificios.

—Supongo—le dijo Coulson—que la conversación que usted desea es sobre Fynes, al cual conocía muy superficialmente y creo que tendrá usted que buscar datos por otra parte si desea tener materia suficiente para una información.

—Los menores detalles me interesan—replicó el repórter—, dígame cuanto sepa; se lo agradeceré.

—Hamilton Fynes—continuó el americano—era, por lo que yo puedo juzgar, un hombre tranquilo é inofensivo, empleado con un buen sueldo, desde hace quince años, en las oficinas del Estado. No era gastador y economizaba la mitad de su sueldo. De vez en cuando, hacía un viajecito á Europa, pues aunque era hombre serio, formal y nada vicioso, le gustaba echar de vez en cuando una cana al aire; pero estaba completamente chiflado. Hace cosa de tres años nos encontramos aquí y se le ocurrió ir á París. Ya sabe usted que hay dos trenes al día, que enlazan con el vapor que cruza el Paso de Calais, pues bien: ¿Cree usted que no quiso ir en ninguno de ellos y se hizo poner un tren especial, como si fuera un príncipe ó un nabab?

—¿Y por qué hizo eso?—preguntó el repórter.

—Pues por lo que le he dicho, porque estaba chiflado, no había otra razón. Y si no, fíjese usted en este último viaje. A bordo del Lusitania me saludó el primer día de la travesía, y me saludó porque no lo pudo evitar, pero en los días siguientes apenas le vi ni en el puente ni en el comedor; se hacía servir las comidas en su camarote casi siempre. Me evitaba, como evitaba encontrarse con los demás pasajeros. Si alguna vez me habló, no dijo más que tonterías, locuras. En su trabajo era admirable, pero fuera de él un chiflado, un maniático. Creo que el trabajo mismo le trastornó.

El último día no hacía más que mirar al reloj y marear á preguntas á los marineros, y me dijo que quería desembarcar á tiempo para cenar aquí con una señorita con quien estaba citado y no sé como se las arregló para desembarcar antes que nadie y ponerse en camino de Londres.

—Porque tenía cartas para el capitán y para el jefe de estación, señor Coulson. Cartas de gran peso, y eso no las consigue un quidam.

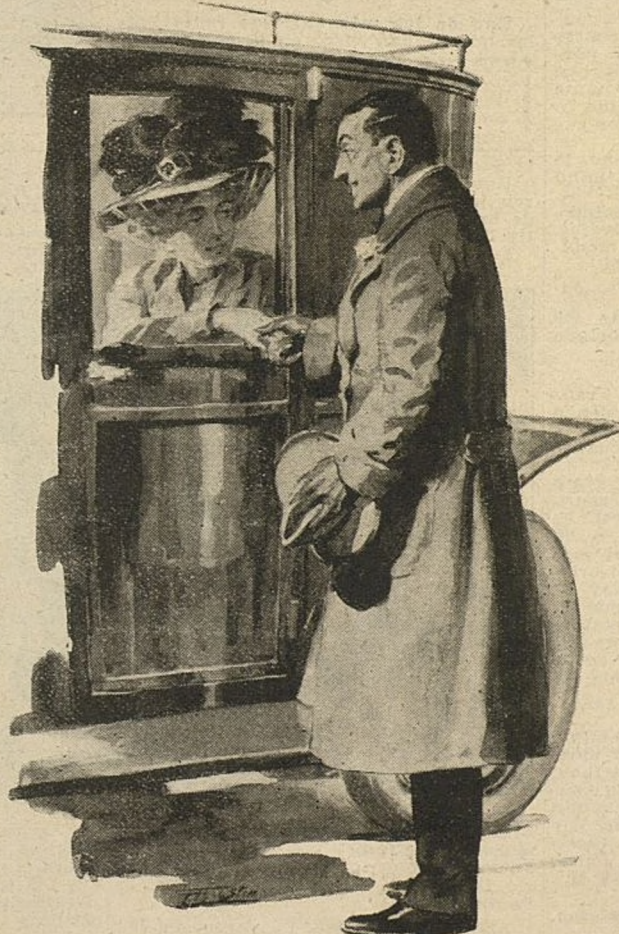
—No es tan difícil como usted cree, señor periodista. Era un hombre que cumplía siempre muy bien, no molestaba á nadie, ni pedía favores y así se pasaba año tras año. No es, pues, extraño que cuando pidiera una recomendación, se la dieran con gusto. Además, en nuestra tierra eso es más corriente que aquí.

—Todo eso, señor Coulson, es muy interesante y le agradezco mucho su amabilidad. Y ahora, ¿podría usted decirme algo de su vida? ¿Tendría algún enemigo? ¿Es un asesinato tan raro!

—Es raro, en efecto; pero le puedo asegurar una cosa, y es que llevaba encima mucho más dinero del que dicen los periódicos. En mi opinión, el móvil del crimen ha sido el robo. Un ladrón con pesquis se había hecho esta reflexión: Un individuo que puede, contra todo reglamento, desembarcar y hacerse poner un tren especial debe ser persona que vale la pena de desvalijarla. ¿Cómo se llevó á cabo el robo? Eso es difícil saberlo. Allí la

taba á nadie, ni pedía favores y así se pasaba año tras año. No es, pues, extraño que cuando pidiera una recomendación, se la dieran con gusto. Además, en nuestra tierra eso es más corriente que aquí.

—Es raro, en efecto; pero le puedo asegurar una cosa, y es que llevaba encima mucho más dinero del que dicen los periódicos. En mi opinión, el móvil del crimen ha sido el robo. Un ladrón con pesquis se había hecho esta reflexión: Un individuo que puede, contra todo reglamento, desembarcar y hacerse poner un tren especial debe ser persona que vale la pena de desvalijarla. ¿Cómo se llevó á cabo el robo? Eso es difícil saberlo. Allí la



¿Qué es lo que debo decir al embajador?

policía; pero quien quiera que fuese lo hizo por robarle.

El repórter suspiró; no estaba satisfecho. Mr. Coulson era un hombre de lógica, y su razonamiento tenía gran fundamento.

Habían llegado á la puerta del hotel y el joven se iba á retirar.

—Pase usted y tomaremos una copa para brindar por Inglaterra—, y dirigiéndose al mozo del hotel, le entregó la maleta, diciéndole:

—Esto á mi cuarto; soy James B. Coulson, de Nueva York. Luego iré al registro.

Entraron en el restaurant y se hicieron servir unas copas de coñac, que repitieron hasta cuatro veces. La conversación volvió á recaer sobre el asesinato de Fynes, aunque ya nada le quedaba que decir á Mr. Coulson.

—No puedo decirle, después de lo que le he dicho, sino que Hamilton estaba tocado, y que lo demostraba en sus palabras y en sus obras. Todos tenemos nuestras debilidades, él tenía la de las grandezas. Le daba por echar-

las de gran señor, y eso es precisamente lo que le ha costado la vida.

El repórter se despidió del americano, le dio las gracias, y se encaminó presuroso á la redacción de su periódico.

A la hora ya se vendía un extraordinario con la entrevista entre el repórter y el Sr. James B. Coulson, amigo particular del muerto en el tren especial. Era un verdadero triunfo, pues era el único periódico que había tenido la suerte de encontrar un pasajero amigo de Fynes.

El resultado de la información fue que no dejaron vivir á Mr. Coulson los repetidos visitantes.

El primero fue un señor que hizo pasar una tarjeta cerrada, donde se leía:

"Inspector Jacks. Scotland Yard". Coulson, que se estaba vistiendo y arreglando, hizo pasar al policía á su mismo cuarto.

—Sr. Coulson—dijo al entrar—vengo enviado por el Scotland Yard, para que conversemos sobre el asunto del asesinato del Sr. Fynes.

El americano se sentó en un baúl, con los cepillos de cabeza en la mano, y dijo al inspector:

—¿Qué listos andan ustedes los policías?

—No tanto—contestó Jacks, sonriendo—, no tanto como algunos periodistas.

—En efecto, así es, y hasta creo que he sido un tanto indiscreto hablando tanto con el joven repórter. Acabo de leer el periódico y trae pe á pa toda nuestra conversación; de manera que si quiere usted gastarse cinco céntimos se evita usted la molestia del interrogatorio, pues le dije todo lo que sabía.

—Tiene usted razón, señor Coulson, pero nada de lo que le dijo nos da luz alguna sobre las circunstancias del suceso.

—Es verdad, pero yo no tengo la culpa de eso. No puedo decir lo que no sé.

—En efecto, en efecto, señor Coulson; pero usted podrá decirme en qué se ocupaba ese señor en los últimos tiempos.

—En lo de siempre, toda su vida ha sido empleado del Estado.

—¿En qué Ministerio ó Dependencia?

—¡Ay, ay, ay!, no lo sé. Yo creo que me lo dijo, pero no recuerdo, francamente, si en Hacienda ó en Fomento; no sé, no sé; no me haga usted caso.

—Y no vió usted nunca ningún papel, algo de su empleo.

—Nunca, nunca;—replicó Coulson, cepillándose en la cabeza vigorosamente—no me ocupé jamás de indagarlo. Sólo lo sé que era un hombre muy tranquilo, que no se metía en nada, sólo sí, un poco chiflado, como le he dicho al repórter.

El inspector comprendió que estaba perdiendo el tiempo, pero preguntó:

—¿Sabe usted lo que venía á hacer á Europa?

—Lo ignoro; durante la travesía subió á cubierta sólo un par de veces y apenas si cruzamos más de un saludo. Generalmente, es más, siempre que me veía trataba de evitarme, se escabullía. Una vez le invité á que tomara un aperitivo conmigo y bujó sin darme siquiera las gracias. Yo le digo á usted una cosa y conviene que la anote. Estaba chiflado. ¿Sabe usted lo que es eso? Pues chiflado. Eso quizá le sirva para algo.

—Sí, sí—replicó el inspector—, no cabe duda; era un hombre raro. Y ahora que recuerdo, me parece haber leído que usted dijo al periodista algo así como que debía de llevar encima más dinero que el que se le suponía.

—Mucho más, indudablemente—con-



# COSAS RARAS Y NUEVAS

En los países orientales, la sombrilla ha sido siempre emblema de autoridad.

No hace mucho, nació en una granja de los alrededores de París, un po-



**POLLO CUADRUPEDO**

lito que tenía cuatro alas y cuatro patas, con la particularidad de que dos de las patas eran de gallina y

las otras dos presentaban todos los caracteres de las del gallo.

La madre, asustada del fenómeno, le echaba á picotazos del nido, y terminó por matar al animalito.

Ese instinto es de todos los animales, tanto domésticos como salvajes. Cuando nace un hijo defectuoso ó monstruoso, lo matan irremisiblemente.

Las dos terceras partes de las casas reales de Europa, son de origen alemán.

En la actualidad se fabrican en Francia unos nuevos cristales que tienen la propiedad de avisar en cuanto se rompen.

**CRISTALES AVISADORES**

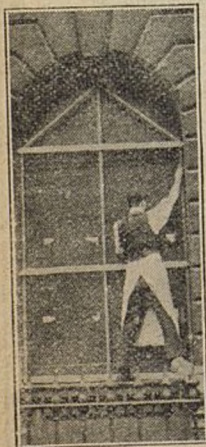
Llevar dentro de la masa cristalina, una red de alambre, cargado de electricidad, y en conexión con una batería. En el momento en que un ladrón rompe el cristal para apropiarse de lo que hay en el escaparate ó para entrar en una vivienda, el timbre de la batería empieza á repicar fuertemente. Al romperse los alambres cae un pedacito de cobre que pone en movimiento el timbre de alarma.

Dicen que no hay nada tan temible como un hombre pacífico cuando pierde los estribos;

**LA FURIA FEMENINA**

pero es mucho peor aún cuando el sexo débil dice "allá voy". Como eso no hay nada; se desbordan y ya no son mujeres, son furias del averno.

Ejemplo: las sufragistas inglesas.



Cas. Nuestro grabado representa un obrero protegiendo una ventana en una de las calles céntricas de Londres.

Los australianos y los neozelandeses, son los que más carne comen en el mundo.

Los primeros consumen al año, por término medio, 262 libras por persona, y los segundos unas 212.

Los ingleses y yanquis que tienen fama de carnívoros, no llegan ni á la mitad, puesto que el inglés come 105 libras al año, y el yanqui 185.

Nosotros, los españoles, poco más de treinta y cinco... y gracias.

Uno de los más curiosos espectáculos que se han visto en la celebración del segundo centenario del natalicio de Federico el Grande, de Prusia, ha sido la función dada por la Sociedad alemana de Cultura Física.

Uno de los números que más llamaron la atención, fué la representación de un cuadro vivo, titulado "La Batalla de los Cimbrios". Los Cimbrios, según cuenta la his-

**CUADRO VIVO**



toria, era un pueblo procedente del Quesomero Cimbrico, ó sea la moderna Jutlandia, que invadieron el Norte del río Danubio y amenazaron devastar la Península Itálica.

Atravesaron Suiza, entraron en las Gallas, y arrasaron la costa occidental de Francia hasta Bélgica. Apoyados por los teutones, invadieron Italia, pero las fuerzas aliadas fueron derrotadas por las tropas de Mario en Aquæ Sextie, en el año 102 antes de J. C., y finalmente, fueron completamente destruidos ó hechos prisioneros por los ejércitos de Cátulo y Mario, entre Turín y Milán.

Procedían los Cimbrios, no de los Celtas, como los romanos creían, sino de los germanos, y según los historiadores eran de modales bárbaros, comían carne cruda y elegían por rey al más valiente, al más forzado ó al más alto de todos. Peleaban gritando, gesticulando é insultando al enemigo y en el campo de batalla eran acompañados por sus mujeres é hijos, que les excitaban á la pelea.

El cuadro vivo representa á los Cimbrios en medio del fragor de la pelea.

Más de un 18 por 100 de los empleados de Correo en Inglaterra, pertenecen al bello sexo.

Desde hace algún tiempo se viene hablando de un animal rarísimo que



**UN RARO EJEMPLAR**

habita en el interior de Africa, y de cuya existencia no se tenía noticia.

Este animal es de caballo, de la cebra, de la jirafa; un animal rarísimo, en una palabra. Se habían capturado algunos, todos ellos jóvenes, y se habían visto desde lejos, sin poderles alcanzar ni cazar, okapis ya adultos. Hoy podemos dar á nuestros lectores la fotografía de uno de ellos, cazado por la expedición llevada á cabo al Congo belga por el doctor Schubert y el duque de Mecklenburgo.

La existencia de este animal fué descubierta por los exploradores europeos en 1907, en las selvas del Africa Central.

No hay español que no haya oído hablar de la campana grande de Toledo, y muchos conocen la existencia de la enorme campana de Moscú, pero pocos los que saben que hay una verdaderamente colosal en los terrenos del antiguo templo de Osaka, la fabril ciudad japonesa.

Esta campana se fundió en 1903, para perpetuar la memoria de un tal príncipe Shokotu, que vivió hace mil trescientos años.

La campana está hecha con el dinero recogido y con donativos hechos por gentes de todo el imperio, y se cita que en su composición han entrado cerca de 150.000 espejos de cobre bruñido.

La gran campana de Shotoku, tiene más de ocho metros de altura, quince de circunferencia, cinco de diámetro y pesa la friolera de ciento catorce toneladas.

Cualquier presidente de una Cámara de diputados agita esa campanillita.

**CAMPANA EXTRA-ORDINARIA**

